

IDEAS

LA Espectadora 21.8.97 p. 16-17

MARCO MESINA



PEDRO LEMEBEL, ARTISTA VISUAL Y ESCRITOR

Volantines en Septiembre

FARIDE ZERAN

En Chile, las crónicas urbanas de Lemebel requieren del aire nuevo y fresco, de un tiempo que les permita elevarse por sobre la densa capa de humo que durante el año las aprisiona cual camisa de fuerza. Sin embargo, en forma de libros como "La esquina es mi Corazón", o "Loco Afán", saltan hacia otras latitudes, y son objeto de análisis y de culto en Puerto Rico o Nueva York.

Se trata de una insurrección con otros matices que se inició en un bloque del Zanjón de la Aguada, prosiguió en el gobierno de la UP, sobrevivió en el régimen militar, y perdura hoy bajo la forma de crónicas urbanas que se editan en Chile, y se analizan en México, Cuba, Puerto Rico o Nueva York.

Con cuarenta y tantos años, Pedro Lemebel posee una mirada que interroga en su ironía y desencanto, y un desenfado que lo cubre como coraza en una estrategia destinada a otorgar a su escritura incisiva, poética y jacobina, la fuerza devastadora del insurrecto que llama la atención sobre el mundo de marginados que está a la vuelta de la esquina.

Lemebel es todo un desafío, porque el cliché es abordarlo u omitirlo desde el escándalo en su trayectoria de artista visual con sus *performances* del colectivo de arte *Las Yeguas del Apocalipsis* que, como leyenda negra, levanta un muro de prejuicios que hace invisible al escritor sagaz y riguroso al que intelectuales de la talla de Jean Franco dedican sus estudios acerca de la particularidad y talento de una obra, hoy traducida, analizada y destacada en distintos lugares de América Latina, y Estados Unidos.

Afuor de libros como *Incontables*, publicado por Ergo-Sum, en 1986; *La esquina es mi corazón*, que acaba de reeditar Cuarto Propio; y *Loco Afán*, de editorial LOM, y que en poco menos de un año ya lleva dos ediciones, Pedro Lemebel asume la crónica como gesto escritu-

ral tras el cual le sale al paso a un Chile exitista en sus cifras y arrogante en su alma, pero con una intolerancia que censura hasta la posibilidad de soñar.

Mientras prepara su tercer libro de crónicas, *De perlas y cicatrices*, y elude la oficialidad literaria, política, académica, mediática, y todo lo que implique subordinarse a un orden establecido, en el tiempo en que se elevan los volantines, Lemebel levanta los suyos, como banderas multicolores y propias: la libertad, a la censura; la ironía a la mentira; la democracia al simulacro, y la tolerancia a la hipocresía.

—“La esquina es mi corazón”, sus crónicas urbanas, contienen una serie de recreaciones y percepciones que sobrepasan al género. ¿Por qué esta opción?

—Digo crónica porque me interesa como subgénero o como intergénero, porque ya los lugares sacralizados de la literatura están un poco codificados: la novela, la gran poética, etcétera, son lugares codificados que no le convenían a mi escritura en tanto ella es una estrategia de micropolítica. Creo que mi escritura es sexuada, pero también es muchas otras cosas más, muchas otras formas de devenir, otros devenires minoritarios. Lo étnico, lo social, lo político son otros devenires en los que entran otras minorías. Cuando hablo de minorías estoy hablando no de cantidad, no de sumatorias matemáticas, algebraicas o electorales, sino de minorías en relación al poder.

—¿De allí lo transgresor de su escritura?

—Decir transgresor o ponerme el parche de transgresión o de vanguardista es una trampa también, porque son lugares fácilmente identificables, fácilmente fichables y fácilmente neutralizables, por eso este género de la crónica, este entregénero. Y digo crónica porque tiene que ver con algo de biografía, con algo de narrativa, con una poética como coraza escritural frente a los poderes de la literatura.

—Sin embargo, en sus crónicas se exhibe como un irreductible al margen de cualquier poder y desprovisto de cualquier atisbo de autocensura.

—Sí, pero en vez de asumir una frontalidad con el poder, ya sea literario o político, más bien he intentado un zigzag, un entrar de perfil y salir también de perfil, que no se sepa cómo uno entra y que no se sepa cómo sales. Es una estrategia de lo que entre comillas podríamos llamar escritura marginal, para evitar ser consumida y absorbida. Y esta estrategia encierra muchas cosas, encierra una posición frente a la vida y frente al tiempo que me toca vivir. Desde la escritura como excusa del panfleto político hasta llegar a las crónicas hay una estrategia para no caer en ninguno de estos lugares consagrados, y menos en la academia. Todos ellos para mí son lugares un poco momificantes. En ese sentido, la crónica me llegó como un par de alas para esta estrategia no fosilizante.

—Hablemos del universo de Pedro Lemebel que recrea una Plaza Italia o un submundo de marginados, desposeídos y humillados que esconde la ciudad.

—Es la penumbra, esa penumbra que de alguna manera es un lugar social ensombrecido en este momento por el mercado, por eso de alguna manera yo no lo ilumino totalmente, y deo ver algunas cosas, incluso cambio los nombres de los lugares. El fenómeno de Plaza Italia como del corazón de Santiago, no es mi esquina, es una esquina construida. Quizás, es la esquina del NO, pero es una esquina más. Mi esquina es la de los bloques, de ahí parto, y todo lo que se da en relación a Plaza Italia no es imaginario en relación a Plaza Italia, es posterior, como límite entre el barrio alto y el centro que yo no cruzo. Yo llego hasta ahí, y no cruzo.

—¿Acaso no quiere cruzarlo?

—Como Pedro Lemebel, no. Lo hago con otros disfraces. El travestismo en mi escritura es quizás el adorno y la metafórica excesiva para cubrir una desnudez, una desnudez que también es un gesto de ternura. Porque es la desnudez de la pobreza y de la falta. La desnudez de los proyectos incompletos, de los proyectos abruptamente estancados por el neoliberalismo y por otras monetarias causas.

Guattari y la minoría

—¿Son los bloques, y el Zanjón de la Aguada los que marcan un origen?

—El Zanjón de la Aguada ahora pareciera un nombre de novela, un nombre poético. Pero la verdad es que es un nombre embarrado, es un nombre sucio, son perros muertos, es basura, es donde yo nací. Es esa basura y toda esa decadencia terrible que es la pobreza en Chile y que no aparece. En Chile, la pobreza no es turística, aquí los turistas no van a ver la pobreza como en Perú o en Río de Janeiro donde las favelas son turísticas porque están llenas de color. Acá la pobreza es gris, es opaca, es sucia, es hedionda. En las crónicas, yo la pinto, le pego encajes, le pego lentejuelas, para decir de alguna manera que es digna, que no creo que todos los pobres sean promiscuos y le falten los dientes y sean sucios y negros como los pintan el humorismo criollo. Siempre al pobre se le pinta degradado,

acá no hay personajes de pobres que sean personajes afectivos, como el Chavo del 8, que es un personaje muy lindo. Aquí el humor es degradante, agresivo y violento con los pobres y con los homosexuales, con los indios y con la mujer.

—¿Y se siente solo en ese margen donde se ubican usted y su escritura, en ese rincón desde donde interpela al mundo, o lo acompañan otras voces?

—Uno nunca es solo, el "yo" siempre es otro y otros. Creo que junto a mí también hay otras escrituras que tienen otros transcurso, quizás otras formas políticas, escriturales, de intentar cruzar o productivizar sus estrategias. Está la escritura de Carmen Berenguer, que es mi cómplice escritural. Está Francisco Casas, pero hay otros nombres como Deleuze, o Félix Guattari, quien fue muy importante para mí, particularmente en todo su discurso sobre las micro políticas. El tuvo un gesto muy bello, cuando leí un discurso en un seminario internacional, "Utopías", realizado hace algunos años, y cruzó toda la sala y besó a Carmen Berenguer, y a mí, tal vez porque éramos dos cabezas negras en todo el set de invitados, estableciendo ahí la diferencia. En una mesa redonda donde estaba Guattari, había una señora que pasaba por la calle y que entró nadie sabe cómo. Y ella le preguntó sobre el amor. ¡Imagínate, preguntarle a Félix Guattari sobre el amor! Todos la quedaron mirando con esa vergüenza ajena que tiene el chileno, esa cosa tan chilena de que todo nos da vergüenza porque alguien dice algo inadecuado. Pero Guattari terminó la conferencia hablándole solamente a la señora, y esa era la minoría. En toda esa cúpula intelectual, desde su orfandad intelectual, la señora era la minoría.

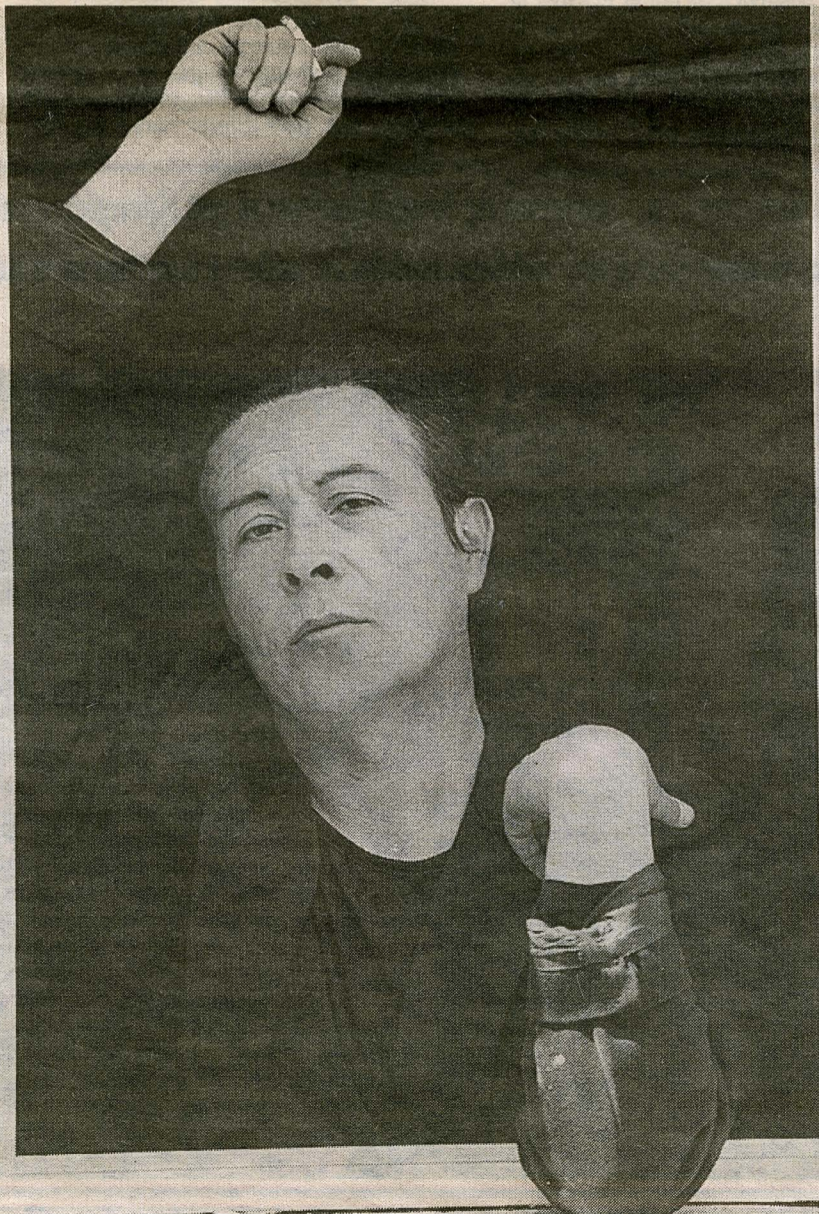
Periodismo y literatura

—Tanto "La Esquina es mi corazón", como "Loco Afán", son libros que se estudian en el extranjero. "Grand Street" acaba de traducirlo al inglés, y sus crónicas son analizadas en diversas universidades norteamericanas y de América Latina. ¿Qué pasa afuera con su obra?

—Es motivo de estudio para la academia literaria norteamericana, especialmente en los programas de género y estudio de Literatura Comparada, en Columbia, y también en otras universidades que se interesan por nuevas voces o nuevos textos de literatura latinoamericana. Es posible que el ejercicio de cronista sea lo relevante, porque este género está siendo revisado y analizado en este momento como gestos escriturales cuestionadores de lo político, lo social, lo cultural. Es posible creer que la neocrónica, como la llaman algunos, sea un paréntesis estratégico

■ *"La crónica que yo ejercito está fuertemente ligada a expresiones populares, de esta manera se hace transitar otras metáforas del cuerpo social en ámbitos académicos donde habían sido negadas, ocultas o tratadas con el desdén de fetiche, o de expresiones estudiadas por exotismo".*

MARCO MESINA



entre el periodismo y la literatura, pero que se vale de ambos para retratar, narrar o visualizar sucesos y personajes enmarcados en la llamada crónica urbana. Esta última denominación es ya un género literario usado por cronistas como Carlos Monsiváis, José Joaquín Blanco, de México, Edgardo Rodríguez Julia, de Puerto Rico, y otros. En este contexto han aparecido crónicas de mis libros en revistas de Estados Unidos y Puerto Rico. La traducción al inglés ha posibilitado que se conozcan sobre todo en la publicación Grand Street, donde aparece también Diamela Eltit, Rinaldo Arenas y Lezama Lima.

—Sus textos son objetos de estudio, incluso de culto en el extranjero. Pero, ¿qué ocurre en Chile?

—No sólo afuera mis libros son objeto de estudios, también acá son motivo de tesis en literatura, sociología, periodismo o antropología. Es interesante que la escritura de crónica tenga otros recorridos culturales, porque se produce levemente desmascarada de lo específicamente literario y, en ese desencuentro, hay mayores posibilidades de hacer coincidir otras disciplinas y otras poéticas con el ojo escritural de la crónica urbana. La crónica que yo ejercito está fuertemente ligada a expresiones populares, de esta manera se hace transitar otras metáforas del cuerpo social en ámbitos académicos donde habían sido negadas, ocultas o tratadas con el desdén de fetiche, o de expresiones estudiadas por exotismo. En este sentido, me interesa difundir mi escritura en medios masivos como diarios o programas de radio, antes que sacarla como libros. Me interesa ese otro recorrido, esa fugacidad de la letra impresa a otros destinos menos académicos.

—¿Se trata de la débil frontera entre periodismo y literatura?

—Entre ambas, se podría ubicar la crónica pero no solamente como Nuevo Periodismo, como lo instituyen Truman Capote, o Norman Mailer en Estados Unidos. Ya antes, a fines de siglo, Susana Rotker sitúa "la invención de la crónica" en Latinoamérica, en los textos de José Martí, en sus crónicas sobre la muerte de Jesse James, en los textos de Rubén Darío y Manuel Gutiérrez Nájera. Pareciera que allí, en esos textos poco estudiados de estos escritores, sobre todo en José Martí, se dio la fusión estilística, política y estética donde se acuna la neocrónica, la crónica urbana o los ensayos de literatura cotidiana como le dice José Joaquín Blanco a su propuesta escritural.

—Pienso en Jean Franco, quien aludiendo a su obra escribió: "Es interesante que un género literario que captura el ánimo de los tiempos sin subordinarse a ellos, sea el de la 'crónica', que parece capaz de evitar y escapar de la red neoliberal. Carlos Monsiváis, Edgardo Rodríguez Julia y el chileno Pedro Lemebel están entre sus aficionados más devastadores".

—Es posible que el interés que tuvo Jean Franco por mis escritos le abrieran posibilidades en la academia norteamericana, en los Departamentos de Literatura Latinoamericana. Ella hizo posible la entrada de mis crónicas en estos ámbitos. Principalmente, el libro *La esquina es mi corazón*, (crónica urbana), publicado por Cuarto Propio, y que se acaba de reeditar. El libro *Loco Afán* (crónicas de sidario), de LOM, que está en su segunda edición, es más reciente, más específico, relativo al Sida y a minorías sexuales. Tal vez por esta razón ha corrido como bajo cuerda, semi clandestino, sin tener la categoría de super venta. Y, aunque salga una tercera o cuarta edición, seguirá siendo leído a escondidas, como quien participa de un ritual prohibido. Esta complicidad que se produce entre el lector y el cronista, como pareja de *voyers* que en silencio descaman un acontecer, propone un acto literario y periodístico compartido, donde la poética urbana, la biografía, el ensayo y otros géneros efectúan la trama de tejer o deshilar el fluir desterritorializador de la crónica.